

## **CAMBIO Y CONTINUIDAD EN EL ORDEN POLÍTICO INTERNACIONAL**

www.sela.org

I.- La crisis del orden westfaliano

El primer cambio a considerar es el debilitamiento de una estructura histórica de larga duración denominada "orden westfaliano". La crisis de este orden va mucho más allá de lo económico. Tiene que ver, entre otros factores de peso, con los cambios en los regímenes políticos, con profundos cambios culturales y con la revolución en las "habilidades de la gente", para ponerlo en palabras de Rosenau.

Este cambio tiene importantes implicaciones prácticas, entre otras:

a) La crisis de su principio ordenador: la soberanía del Estado, entendida como poder supremo sobre una población y un territorio.

b) La crisis de su patrón básico de comportamiento: la búsqueda de la autonomía en un mundo caracterizado por las rivalidades interestatales.

c) Como consecuencia de a) y b), la crisis o, al menos, el profundo cuestionamiento de las reglas de coexistencia y las instituciones en las que se basó este orden, particularmente, el equilibrio de poder, la acción de los grandes poderes en sus áreas de influencia y la guerra.

Desde aquí, se cuestiona la premisa central del orden westfaliano: que la interacción de los estados (entendidos como entidades relativamente autosuficientes y con un dominio exclusivo sobre un territorio y una población y que no responden a ninguna autoridad superior) es lo que domina la política global. "El mundo de hoy es pos-westfaliano: una miríada de restricciones normativas y una enorme pérdida de autonomía debido a fuerzas transnacionales están erosionando la soberanía del Estado en general, y al propio Estado, el piso mismo de la construcción westfaliana, se está resquebrajando en muchas partes del mundo".

Debe señalarse que el orden de Westfalia se vio afectado desde el inicio por un proceso dinámico de status quo, expansión y contracción de las entidades políticas, y la propia forma westfaliana se ha ido transformando a lo largo de los siglos (por ejemplo, su adaptación pos-napoleónica a la democracia y la soberanía popular). Así, el estado-nación (la entidad política propia del orden westfaliano) fue desafiado por entidades subnacionales que apelan a lealtades distintas de las que propone y exige el primero (por ejemplo, los nacionalismos) y por entidades potencialmente expansivas basadas en consideraciones económicas, de clase, religión o ideológicas.

Por lo tanto, el proceso de cuestionamiento se ha dado en todas las épocas, es decir, no es un producto de la modernidad, y en cada época han coexistido distintos tipos de entidades políticas que mantienen relaciones de cooperación y conflicto. No obstante ello, esta dinámica de expansión y contracción nunca presentó tantos desafíos al Estado-nación como en la etapa actual. Para explicar este proceso hay que considerar otros dos cambios sustantivos: el fin de la guerra fría y la globalización.

La naturaleza de la rivalidad Este/Oeste hizo nuevamente necesario al Estado. La existencia de un claro enemigo reforzó la necesidad de contar con recursos de poder militar y de controlar a las respectivas sociedades por temor a que cayeran en manos de, o fueran cooptadas por, el otro bando. El hecho de que esta rivalidad

estuviera en el tope de la agenda de los países más poderosos y la posibilidad, aunque suicida, de una guerra general, preservó la importancia del gobierno en el nivel nacional y contribuyó a ocultar muchas de sus crecientes debilidades. Terminada la guerra fría, estas debilidades se han hecho manifiestas. Al mismo tiempo, el fin de la guerra fría, como el fin de la Guerra de los Treinta Años, ha facilitado el despertar de viejas identidades y la reaparición de nuevas lealtades que procuran encontrar sustento político en diversas comunidades políticas.

La globalización, por su lado, ha afectado de manera dramática la importancia y el rol del Estado. La dinámica de la economía contemporánea y la revolución tecnológica han hecho las fronteras obsoletas, alterando la naturaleza del tiempo y el espacio en la política global. En este marco, el Estado es menos autónomo y tiene menos control sobre los procesos políticos, económicos y sociales que se producen dentro de su territorio.

Parece importante, entonces, tomando como punto de partida el hecho de que el Estado-nación se encuentra afectado y debilitado, identificar el nuevo rol del Estado en el marco de la globalización y resignificar el concepto de soberanía superando la perspectiva westfaliana. Esta tarea es de suma importancia para América Latina y el Caribe, dado que es básicamente una región receptora y no generadora de cambios. Y, por eso mismo, una región en la que el Estado es (y seguirá siendo por bastante tiempo) la entidad política de mayor importancia para hacer frente a los efectos negativos de la globalización y para abordar los aspectos que forman parte de la nueva "agenda negativa".

El fin de la guerra fría

El fin de la guerra fría puede verse como el fin de una confrontación ideológica o de una lucha entre dos grandes poderes, o ambas cosas a la vez. Desde 1989, este proceso ha pasado por dos fases, al menos en el nivel de las percepciones predominantes.

La primera se extiende desde el inicio de la caída del imperio soviético y la desaparición en cascada de los socialismos reales en Europa del Este hasta el fin de la guerra del Golfo. En esta fase (que algunos llaman del "voluntarismo liberal", y que tuvo su expresión más conocida y acaso extrema en la tesis de Francis Fukuyama sobre el "fin de la historia") prevalece una visión normativa del orden mundial enraizada en los supuestos básicos del internacionalismo liberal. En esta tradición, tres condiciones básicas deberían cumplirse para que haya orden mundial: la implantación de regímenes democráticos a escala planetaria, la realización de acuerdos entre países para mantener la seguridad colectiva y cooperativa; y, finalmente, el funcionamiento de una economía liberal, esto es, de condiciones que hagan posible el comercio entre las naciones y, por tanto, la especialización global.

La segunda etapa abarca desde la conclusión de la guerra del Golfo hasta el presente y está signada por la idea no del fin sino del "retorno a la historia" o, como lo puso un autor, por el "regreso al futuro", donde "futuro" debe leerse como "pasado". Hechos tales como la desintegración de Yugoslavia, la guerra de Ruanda, la tragedia de Somalia, los conflictos en la ex-periferia interna del imperio soviético, el auge del fundamentalismo, pusieron término al optimismo propio de la primera fase y dieron lugar a que se hablara de manera creciente sobre el "nuevo desorden

internacional". La muestra más representativa de las percepciones prevalecientes en esta segunda fase está en la tesis de Samuel Huntington sobre el "choque de las civilizaciones" y en los trabajos en clave neorrealista de Waltz, Mearsheimer y Layne sobre los cambios en las relaciones de poder interestatales.

Entre liberales y realistas, hay numerosas y diversas posturas intermedias. Sin embargo, y por cierto con muchos matices, la mayoría de los autores que se encuentran dentro de estas posiciones tiende a coincidir en un punto central: que en una parte del mundo las relaciones internacionales estarían atravesando cambios cualitativos (claramente en el mundo que integran los países desarrollados), mientras que en el resto del planeta el pasado no haría más que repetirse. Puesto de otro modo, en un espacio el tiempo sería como una flecha y en el restante como un círculo, el del eterno retorno.

Estas distintas interpretaciones sobre el futuro de las relaciones internacionales, que reúnen elementos de signo opuesto, han provocado una gran confusión. La perspectiva liberal (como lo ha sido siempre) es esencialmente normativa, dado que vincula la idea de orden con la realización de determinados valores, por ejemplo la extensión de la democracia y los derechos humanos. La visión neorrealista (también como siempre) es demasiado estática, exageradamente pesimista y, en buena medida, reduccionista. La tesis de Huntington es simplista y parcial. La idea del puro "desorden", finalmente, es trivial, además de incorrecta.

La manera más simple de sortear el problema es plantearnos qué tipo de orden internacional probablemente tengamos, a lo largo de un continuo que va desde la fragmentación y el conflicto hasta la cohesión y la cooperación. A este efecto, el fin de la guerra fría ha implicado:

- \* Una disminución importante del nivel de antagonismo de ideas, que no sólo se debe a la defección de la ex-Unión Soviética y al colapso de las concepciones que sostenían a los socialismos reales, sino también al debilitamiento relativo de los supuestos en los que se basaron los reclamos del Sur frente al Norte.
- \* El cambio de naturaleza de la competencia básica. Durante la guerra fría la rivalidad se fundaba en el sentido de misión de cada una de las partes. Había en esta disputa componentes esencialmente políticos, militares e ideológicos. Actualmente la competencia tiene otras características. En palabras de Pfaff, la competencia "todavía concierne a la influencia nacional, pero una influencia que se obtiene a través del éxito comercial y el liderazgo industrial y científico".
- \* El ascenso al tope de la agenda global de temas que habían ocupado en el orden anterior un lugar subordinado y que forma parte de lo que se denomina la "agenda negativa": deterioro del medio ambiente, pobreza, población, proliferación, migraciones, narcotráfico, terrorismo, nacionalismos.
- \* La posibilidad de que se abra un espacio de acción mayor para los organismos internacionales y para el fortalecimiento y/o desarrollo de regímenes internacionales en numerosas áreas temáticas, particularmente en las áreas tradicionales de la seguridad interestatal (desarme, control de armamentos, proliferación nuclear y misilística, etc.) y en los temas de la "agenda negativa".
- \* Un mayor espacio de acción e influencia en América Latina y el Caribe para actores estatales y privados extrahemisféricos. Sin embargo, Estados Unidos será por bastante tiempo el actor estatal clave para la región, dado que tiene un poder

relacional y estructural mayor que el del resto de los estados. Puesto de otro modo, tiene más poder que ningún otro Estado para hacer que otros hagan lo que no harían si pudieran y continúa siendo el actor principal en las estructuras primarias del sistema mundial, es decir, las estructuras de seguridad, de producción y de conocimiento.

En lo que hace a las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina y el Caribe, el fin de la guerra fría implica:

\* Un aumento de la importancia de los temas económicos en la agenda (aquí la región entra a Washington más por la ventana de la oportunidad que de los problemas) y un peso cada vez mayor de los "nuevos" temas de la "agenda negativa".

\* Un cambio en los objetivos de la política de seguridad hemisférica. Aparece una mayor tendencia a institucionalizar las relaciones cívico-militares, orientar la acción de los militares latinoamericanos hacia la seguridad externa y la cooperación multinacional y contener la difusión de armas convencionales y de destrucción masiva.

\* Un nuevo tipo de intervencionismo dirigido a esencialmente proteger intereses norteamericanos afectados por los temas de la "agenda negativa" y que dará lugar a distintas versiones de diplomacia coercitiva.

\* Una promoción más genuina de la democracia y de los derechos humanos. Durante la guerra fría promoción de la democracia significó, por lo general, apoyo casi a cualquier fuerza no comunista. Como recuerda Jervis: "Más frecuentemente, la prosecución de la democracia fue vista como demasiado peligrosa: el miedo al comunismo llevó a Estados Unidos a apoyar dictaduras de derecha por el temor a que en caso de que ellas fuesen desplazadas, los vencedores serían no los reformadores democráticos sino los izquierdistas de línea dura".

\* Una influencia creciente de los actores no estatales en la elaboración de políticas hacia la región. En la opinión de Lowenthal: "Los agricultores y fabricantes, las empresas comerciales, los trabajadores, consumidores, grupos preocupados por el medio ambiente, grupos en pos de los derechos humanos y de las libertades civiles, los estadounidenses hispanos de diversos orígenes y perspectivas, eruditos, fundaciones y medios de comunicación, entre otros, competirán por afectar las políticas en un ambiente enormemente fragmentado y fácilmente permeable. Las alianzas y coaliciones que se forman varían según las cuestiones que se abordan y según los países y desafían las categorías simples".

El fenómeno de la globalización

El fenómeno que hoy se denomina comúnmente "globalización", y que puede ser visto como la fase actual de un largo proceso histórico, presenta (particularmente a partir de los años setenta) un conjunto de elementos que podríamos considerar novedosos.

Por una parte, señala la inédita extensión (alcance geográfico del fenómeno) y profundización (intensidad del fenómeno) de vinculaciones e interconexiones múltiples entre los estados y las sociedades que conforman el sistema mundial. Por otra, implica un aumento impresionante del grado y un cambio de clase de la interdependencia, que se expresa a través de múltiples redes de comunicación e interacción entre los gobiernos y las sociedades nacionales. La interdependencia lleva a la mayoría de los estados a enfatizar un enfoque colectivo más que

meramente unilateral frente a una amplia gama de temas y a considerar la guerra como una alternativa cada vez menos tolerable.

Tales tendencias se afirman en la internacionalización creciente de la producción, las finanzas y el intercambio (ver más abajo). Este proceso, que escapa en gran medida al control de los estados, requiere una rearticulación de los espacios políticos, dado que el Estado ha dejado de ser el tipo de comunidad política adecuada para afrontar muchas de las nuevas realidades y desafíos políticos, sociales y económicos de un mundo interdependiente. Así, se aprecia una disyunción muy clara entre la autoridad territorial del Estado y el actual alcance de los sistemas de producción, distribución e intercambio y la globalización de las transacciones financieras. El Estado tiende a adaptarse a esta situación "internacionalizándose" y transformándose en "mediador" entre las presiones internas e internacionales.

En el marco de la globalización se ha producido la modificación del cuadro precedente de jerarquías económicas con el ascenso de diversos países del ex-Tercer Mundo (China, Tigres asiáticos y algunos latinoamericanos) y el agravamiento de la brecha entre los países subdesarrollados (Africa, diversos asiáticos y latinoamericanos) y desarrollados. Implica, de hecho, la exclusión de vastos sectores de la población mundial del proceso de producción, cuya consecuencia más obvia es el aumento en muchos países del desempleo, la pobreza y los flujos migratorios a través de las fronteras hacia las áreas donde hay más riqueza. La reacción frente a este proceso ha sido más bien levantar nuevos muros. Además, ha dado lugar al resurgimiento de expresiones tribales. En este marco, la globalización de la economía no es acompañada por una correspondiente globalización institucional.

## II.- Riesgos y oportunidades de la globalización

### El proceso de "globalización" y el papel del mercado

Como fenómeno de mercado, la globalización tiene su impulso básico en el progreso técnico y, particularmente, en la capacidad de éste para reducir el costo de mover bienes, servicios, dinero, personas e información. Esta reducción de la "distancia económica" ha permitido aprovechar las oportunidades de arbitraje existentes en los mercados de bienes, servicios y factores, disminuyendo (aunque no eliminando) la importancia de la geografía y la efectividad de las barreras de política. En la etapa actual, el proceso de "globalización" se caracteriza, además, por un notable incremento en la capacidad de las firmas para fragmentar geográficamente los procesos productivos, lo que ha tenido como contrapartida un crecimiento sostenido del comercio (especialmente de manufacturas) y la inversión internacionales.

Para algunos autores la "globalización" es un fenómeno que lo abarca todo, por lo que en la práctica lo asimilan con la gradual desaparición del Estado-nación. Otros autores todavía advierten alguna función para las políticas nacionales, limitadas ahora a promover la construcción de un "Estado competitivo". Según esta visión, los límites a la efectividad de las políticas públicas estarían dados por su "capacidad efectiva para promover un clima de inversión relativamente favorable para el capital transnacional". En las antípodas de los primeros están quienes subrayan las especificidades en las políticas y arreglos institucionales y regulatorios nacionales

como características dominantes de un sistema internacional todavía basado en la supervivencia del Estado-nación.

Estas diferencias no son triviales debido a las distintas implicaciones de política de cada una de ellas. La visión de la "globalización" como un fenómeno que lo abarca todo tiene el atractivo de la simplicidad: el mercado domina y la adaptación es el curso razonable de acción en un marco de selección darwiniana expresada a través de la búsqueda de la "competitividad". Sin embargo, esta visión parece más una recomendación normativa respecto al mundo "deseable" que una descripción, aún estilizada, de la realidad.

Las otras dos visiones tienen el atractivo de incorporar la heterogeneidad y las especificidades nacionales como atributos del escenario internacional contemporáneo. Pero, ¿cuál es el peso relativo de la diversidad frente al fenómeno reconocido de la "globalización"? Dos factores son decisivos en este sentido, a saber: el tipo de transacciones involucradas (las características del mercado) y las características del Estado-nación sobre las que dichas transacciones influyen.

La conveniencia de un análisis sobre las formas específicas en que el proceso de "globalización" afecta el funcionamiento de los mercados y la efectividad de las políticas públicas es incluso evidente en el ámbito del mercado financiero, donde la erosión de las barreras geográficas y de política ha avanzado de manera más notable. Aún cuando las restricciones a la capacidad de los gobiernos para desarrollar políticas monetarias y fiscales independientes es evidente, el examen empírico muestra la existencia de márgenes de acción remanentes y de diferencias en el grado de autonomía de que disfrutaban las distintas autoridades nacionales.

Cohen (1996) subraya que la disciplina (macroeconómica) impuesta por la integración de los mercados financieros es menor de lo que parece por, al menos, tres razones. La primera es que las políticas fiscales y monetarias tienen un impacto limitado sobre las variables reales de la economía en el largo plazo, aún en circunstancias en que la movilidad del capital es imperfecta. La segunda es que la movilidad del capital aún dista de ser perfecta, como lo demuestran las investigaciones empíricas sobre el grado de sustituibilidad existente entre distintos activos nacionales. En tercer lugar, y dentro de ciertos márgenes, las autoridades aún enfrentan trade-offs entre su autonomía de política y el grado de inestabilidad cambiaria resultante. De hecho, a menos que las autoridades tengan una preferencia absoluta por la estabilidad del tipo de cambio, normalmente es posible conservar cierto grado de autonomía en el manejo de las políticas macroeconómicas a cambio de un cierto rango de volatilidad cambiaria.

Por consiguiente, aún en áreas directamente afectadas por el vasto proceso de globalización financiera las autoridades nacionales conservan grados de autonomía. Esta autonomía, sin embargo, no se distribuye de manera homogénea: algunos Estados nacionales (y sus autoridades públicas) disponen de ella en mayor dosis que otros. La cuestión relevante desde el punto de vista de las políticas no es, por consiguiente, si el proceso de globalización plantea restricciones (sobre lo cual no existe duda alguna), sino qué factores explican las diferencias nacionales y cuál es el carácter preciso del trade off que enfrenta cada autoridad pública. El grado de independencia (y reputación) de la autoridad monetaria, las características estructurales de la relación entre el sector bancario y el industrial, la situación de las cuentas externas y otros atributos tales como el tamaño y el grado de apertura

de la economía han sido identificadas como variables que influyen sobre el grado de autonomía de políticas de las autoridades nacionales.

Otro ejemplo de supervivencia de las especificidades nacionales se da en el ámbito microeconómico o el de las políticas sectoriales. En efecto, Garret y Lange (1991) subrayan que, aún cuando la autonomía de las políticas macroeconómicas nacionales se ha reducido severamente, puede constatarse la persistencia de políticas diferenciadas de aumento de la competitividad que hacen uso de instrumentos "ofertistas" de política. Factores tales como el grado de presencia del capital transnacional o las especificidades institucionales locales contribuyen al mantenimiento de tales diferencias.

En resumen, la globalización como fenómeno de mercado ha tenido un impacto considerable sobre el funcionamiento de los mercados y la efectividad de las políticas públicas nacionales. Sin embargo, las autoridades siguen disponiendo de grados variables de autonomía expresados en distintos trade offs de política. Por cierto, el alcance de esta autonomía ha sido sensiblemente recortado y varía de país a país. El análisis de los factores que explican esa variabilidad (incluyendo el rol de dinámicas de path dependency) parecen mas útiles que la mera reiteración de tendencias globales de validez general.

Globalización: el rol de las políticas

Pero la globalización no es únicamente un fenómeno impulsado por el mercado. Las políticas (ie: la remoción de las barreras que los separan y la armonización de prácticas e instituciones nacionales disímiles) también juegan un papel importante. Con frecuencia, la armonización o la remoción de regulaciones es una respuesta a las presiones del mercado. Pero en ocasiones son las decisiones de política las que promueven y aceleran la integración de los mercados y, por consiguiente, el movimiento hacia la globalización.

En el plano de las políticas la globalización hace referencia a las presiones hacia la convergencia de prácticas e instituciones nacionales diversas. Su fundamento radica en la existencia de "efectos de derrame" (spillovers) y "externalidades psicológicas" o "fallas de política". Los primeros ocurren toda vez que decisiones o acontecimientos que tienen lugar en una economía nacional influyen sobre otras (la interdependencia macroeconómica es un ejemplo típico). Las "externalidades psicológicas" o "fallas de política" ocurren cuando la diversidad de prácticas e instituciones resultantes de la organización estatal nacional es cuestionada por actores con poder e influencia suficientes como para afirmar sus preferencias o valores como "superiores" o "universales". Casos de este tipo se han planteado en temas tales como el respeto de los derechos humanos o las prácticas ambientales.

En el plano de las políticas el proceso de globalización se expresa en la llamada agenda de la "integración profunda". Paradójicamente, su surgimiento ha sido estimulado por la reducción de las barreras fronterizas que tuvo lugar durante el último medio siglo (la "integración superficial"). En efecto, el éxito de las políticas nacionales y la negociación internacional durante el período de posguerra en reducir los obstáculos fronterizos al movimiento de bienes y, en medida variable, a los servicios y formas tangibles e intangibles de capital (financiamiento, tecnología y propiedad o control de activos) han resaltado y puesto en el centro de la escena los obstáculos no fronterizos propios de la agenda de "integración profunda" (especialmente, aunque no exclusivamente, entre las economías industrializadas).

Esta agenda no es sólo más compleja que la agenda fronteriza tradicional, sino que las recomendaciones normativas sobre cómo encaminarla están sujetas a un debate mucho más amplio.

La agenda de la "integración profunda" (la expresión en el plano de las políticas del proceso de "globalización") cubre una gran variedad de temas y, en el límite, incluye virtualmente todas las políticas y prácticas nacionales no fronterizas. Desde el punto de vista de los países en desarrollo, Haggard (1995) incluye en esta agenda los siguientes tópicos:

A. la extensión de las reglas internacionales del campo del comercio al de la inversión, asegurando el trato nacional y el acceso a los mercados (incluyendo el sector servicios) para los inversores internacionales;

B. el tratamiento de los regímenes regulatorios nacionales que tienen efectos discriminatorios o "desnivelan el campo de juego", como las diferencias en la protección de la propiedad intelectual, en los estándares nacionales y las políticas sectoriales o genéricas (financiera, industrial, tecnológica, de competencia, ambiental, laboral, etc.);y

C. el tratamiento de la llamada "fricción sistémica" derivada de las diferencias en las estructuras corporativas, industriales y políticas nacionales.

Esta agenda de "integración profunda" plantea dos tipos de problemas asociados. El primero es precisar la extensión y darle un carácter instrumental al concepto de "nivelación del campo de juego". El segundo es discernir los costos y beneficios asociados a la reducción de la diversidad.

La idea de "nivelación del campo de juego" es atractiva como imagen pero peligrosa como objetivo general de política. En términos amplios parece razonable sostener que deberían "nivelarse" aquellas prácticas e instituciones que otorgan una ventaja competitiva "injustificada" a una de las partes. Pero esta afirmación no hace más que eludir el problema: ¿dónde debe ponerse el límite entre una ventaja "justificada" y otra "injustificada"? ¿Qué prácticas nacionales son función de preferencias legítimas y cuáles del interés por obtener ventajas en la competencia internacional?

El discernimiento de los costos y beneficios de la reducción de la diversidad es igualmente complejo. En primer lugar, para evaluar los costos y beneficios, ¿debe adoptarse un criterio "cosmopolita" o "nacional"? En segundo lugar, ¿cómo se valora la utilidad de agentes o Estados con diferencias sustanciales en sus niveles de ingreso y productividad? A título de ejemplo, y puesto en otras palabras, ¿cuál es el precio que los ciudadanos de un país de bajos ingresos estarán dispuestos a pagar (expresado en un ritmo más lento de crecimiento económico) para reducir su agresión al medio ambiente?. O, ¿los ciudadanos de los países desarrollados deberán pagar por el daño al medio ambiente acumulado en el pasado o deberá aplicarse el criterio de "borrón y cuenta nueva"?

Estos temas son en extremo contenciosos y, en última instancia, se remiten a un juego de poder e influencia sobre el sistema internacional. La agenda internacional contemporánea -como la de otros momentos de la historia- está pletórica de ellos. Esto lo ilustra el mandato y cobertura de la recientemente creada Organización Mundial de Comercio. De esta forma, los países de América Latina y el Caribe



deberán administrar no sólo las tensiones creadas por el proceso de globalización como un fenómeno de mercado sino, además, las que se derivan de las iniciativas que profundizan la globalización como un fenómeno de política. Distinguir entre unas y otras no es siempre tarea sencilla.

### Las oportunidades de la globalización

Los costos y tensiones que el proceso de globalización impone sobre las economías nacionales son bien conocidos. Los más visibles son la limitación en la efectividad de las políticas nacionales y el conflicto que plantea la fractura existente entre las estructuras de gobierno (de base predominantemente nacional) y la naturaleza "global" de ciertos flujos e interacciones económicos. Sin embargo, el proceso de "globalización" también ofrece nuevas oportunidades para las economías nacionales.

Por una parte, el proceso de "globalización" plantea la oportunidad de mejorar las condiciones de acceso a mercados que anteriormente se hallaban más fragmentados. Los flujos de información, tecnología y capital de cartera han sido los que más han incrementado su movilidad y, por consiguiente, constituyen los mercados donde más han mejorado las condiciones de acceso para economías con menor capacidad relativa de generación endógena. Sin embargo, las condiciones para aprovechar estas oportunidades está heterogéneamente distribuidas entre países. Un aspecto central, por consiguiente, reside en identificar los atributos que mejoran dicha capacidad y permiten revertir los aspectos negativos heredados de comportamientos pasados (path dependency).

Un ejemplo de lo que aquí se señala lo plantea uno de los rasgos típicos del proceso de globalización reciente, cual es la mejora en la capacidad de las firmas para fragmentar los procesos productivos en localizaciones geográficamente dispersas. En efecto, la notable reducción de los costos del transporte y las comunicaciones ha facilitado la división del proceso productivo, permitiendo la participación de un mayor número de localizaciones geográficas según las ventajas que cada una aporta a la cadena de valor agregado. Este hecho ha ampliado las oportunidades para que economías individuales participen más activamente de las redes internacionales de producción administradas por las grandes compañías multinacionales. Este proceso se ha acompañado de un boom de inversión extranjera directa (cuadro 1) y de la proliferación de nuevas formas de asociación no accionaria entre firmas. Como Oman (1994) señala, sin embargo, la posibilidad de participar en dichas redes de producción depende de la efectividad con que la economía receptora responda a las demandas de estabilidad macroeconómica, disponibilidad de infraestructura, y calificación y adaptabilidad de la mano de obra, atributos intrínsecos al nuevo patrón de organización de la producción.

El proceso de globalización también crea nuevas oportunidades en tanto incrementa la competencia, sienta las bases para el establecimiento de nuevas alianzas empresarias y societales y contribuye a la desarticulación de los oligopolios establecidos. Si estos últimos bloqueaban la modernización, desarrollaban un comportamiento del tipo rent-seeking y "explotaban" al resto de la comunidad, las nuevas coaliciones pueden generar resultados más favorables que el status quo. Del mismo modo, la globalización puede permitir, bajo determinadas circunstancias, mejorar la calidad de las políticas domésticas aumentando el costo de implementar políticas insustentables.

Estas oportunidades, sin embargo, son sólo potenciales. En efecto, no hay ninguna garantía a priori de que el resultado de las nuevas coaliciones será superior al pre-existente. En este sentido, resulta ilustrativa la revisión que hace Armijo (1996) del impacto diferencial de distintas formas de ingresos de capitales sobre el crecimiento económico, los gobiernos en el poder y la democracia. Aún cuando sus conclusiones sean debatibles, los ejemplos ilustran la diversidad de resultados posibles.

Del mismo modo, no es seguro que aún cuando la globalización haga muy costosa la implementación de políticas insustentables en el mediano y largo plazo las nuevas políticas serán superiores a las que se aplicarían en un contexto de mayor autarquía. La versión simplista de este argumento puede encontrarse en la afirmación de una influyente publicación internacional de que "cuanto más eficiente es el mercado global de capitales, más probable es que retribuya las políticas económicas sanas y huya frente a los errores" (The Economist, 1995). Sin embargo, en la práctica existe una evidente ambigüedad sobre lo que constituyen "políticas erróneas" y "políticas correctas", especialmente cuando el objetivo de las mismas no es especificado. En otras palabras, ¿es una "política correcta" aquella que promueve el crecimiento o la que mantiene el entusiasmo de los inversores nacionales y extranjeros? ¿La misma política puede hacer ambas cosas a la vez?.

### III.- Los escenarios internacionales

Formas de mercado y de intervención: los escenarios de Lawrence, Bressand e Ito

La globalización es un proceso vigoroso pero pleno de contradicciones. La más importante es la creciente disparidad entre las estructuras políticas basadas en el Estado nación y el carácter crecientemente global de las interacciones y flujos que vinculan a las distintas economías nacionales. La consiguiente disminución de la "autonomía" plantea desafíos a la noción misma de soberanía política. No obstante, este último principio sigue siendo uno de los elementos organizadores fundamentales de la acción pública.

Este conflicto clave favorece la emergencia de escenarios diversos para la economía internacional de fin de siglo. En un trabajo que seguramente habrá de tener mucha influencia en el debate de política, Lawrence, Bressand e Ito (1996) identifican tres escenarios estilizados de largo plazo para la economía internacional. Su objetivo no es tanto precisar los contornos futuros de la misma, sino identificar las principales líneas posibles de evolución y las tensiones que se derivan de cada una de ellas. Con base en esta discusión los autores construyen un cuarto escenario de carácter normativo que, según su visión, permitiría superar las principales deficiencias de cada uno de los tres anteriores.

La intensidad de la operación de la "mano visible" va desde un extremo de "negligencia benigna" (donde las autoridades son esencialmente prescindentes) a otro de "supervisión colectiva" (donde se maximizan los esfuerzos de intervención, presumiblemente cooperativa). La presencia del mercado, por su parte, oscila entre un mínimo donde las intervenciones de carácter administrativo son dominantes ("proteccionismo") y un máximo donde la competencia se utiliza incluso como mecanismo de evaluación de la eficiencia institucional (el "reconocimiento mutuo"). En el plano así recortado pueden ubicarse los cuatro escenarios de acuerdo a la combinación que cada uno de ellos hace de mercado y regulación.

El escenario más elemental es el del "mundo sin fronteras", donde se combina la preminencia del mercado y una postura de "negligencia benigna" por parte de las autoridades públicas (baja o nula coordinación internacional). Un supuesto básico de este escenario es la confianza en la capacidad de superación de las tensiones emergentes del carácter "global" de algunos mercados y transacciones y la base predominantemente nacional sobre la que se apoya y ejerce el poder político.

Paradójicamente, esto presume la existencia de gobiernos con gran capacidad de arbitraje entre distintos intereses domésticos y lo suficientemente "fuertes" como para imponer una agenda de liberalización a sus representados. El escenario del "mundo sin fronteras" también supone una elevada confianza en la capacidad del mercado para promover dinámicas de convergencia y homogeneización, por cuanto éstas serían las únicas garantías de que el proceso pueda avanzar sin enfrentar obstáculos políticos insalvables. Además, la presencia de externalidades y derrames debería ser lo suficientemente tenue como para no colocar demandas irresistibles de coordinación.

Dados estos supuestos y requisitos, el "mundo sin fronteras" parece mas bien una expresión de deseos (o una proyección ideológica) que un escenario con perspectivas ciertas de ocurrencia. O, tal como lo señalan los autores, un escenario que "sólo puede existir en sectores cuidadosamente limitados y definidos".

El segundo escenario, denominado de "fragmentación", combina bajas intensidades de mercado y de coordinación pública internacional. Este escenario reproduce, por lo tanto, la hipótesis clásica del conflicto inter-estatal donde la diversidad se preserva a través del aislamiento. Este escenario no implica necesariamente un retroceso en la intensidad de la "integración superficial" ya alcanzada, sino la utilización de ciertos instrumentos (como los derechos antidumping, extendidos ahora al campo de las prácticas laborales o ambientales) para aislar y preservar segmentos de la economía nacional de la interacción con el resto del mundo. En este escenario, las oportunidades abiertas por la globalización se perderían a manos de la fragmentación, además de que se agravaría el conflicto político y, eventualmente, militar.

El tercer escenario, llamado de "armonización imperial" por los autores, combina una baja intensidad de mercado con un grado considerable de supervisión colectiva. Este escenario supone la convergencia de prácticas e instituciones al interior de grupos de países entre los que existe una relación de hegemonía bien establecida o estructuras e intereses básicos compartidos. Para la gran mayoría de los países, este escenario implica la convergencia hacia los patrones de alguna economía nacional relativamente mas poderosa o "exitosa". Pero como la propia experiencia de la Unión Europea lo demuestra, ni aún entre países entre los que no existen grandes diferencias este proceso de convergencia tiene características lineales o está exento de conflictos y dificultades.

#### Implicaciones y probabilidades

Cada uno de estos escenarios diseñados por Lawrence, Bressand e Ito tendría, en un plano exclusivamente analítico, implicaciones diferentes para los países de América Latina y el Caribe, o en general, para países de otras regiones.

Como se indicó antes, el escenario del "mundo sin fronteras" es poco factible desde un punto de vista práctico pero altamente influyente como argumento normativo para la formulación de políticas. Sin embargo, la traducción de este escenario en términos de políticas internas se asimilaría, como ya señalamos, a la existencia de gobiernos fuertes con gran capacidad de arbitraje interno. El corolario podría ser un sesgo autoritario para los regímenes políticos internos.

El escenario de "fragmentación" también tiene costos significativos que se distribuirían de manera heterogénea entre los países de la región. El costo más evidente sería la pérdida de las oportunidades de explotar las ventajas potenciales de la globalización, expresadas a través de un mejor acceso a mercados más integrados. Además, la "fragmentación" probablemente estaría también asociada a un clima de conflicto e inestabilidad política global que influiría sobre los países de la región. Para aquellos países que tienen una relación económica diversificada con el resto del mundo este escenario sería en extremo inconveniente, en tanto que para aquellos con vínculos económicos regionalmente concentrados (especialmente con Estados Unidos) las consecuencias serían similares a las del escenario de "armonización imperial".

Pero, como ya se señaló, la armonización no es necesariamente un camino deseable para todas las partes, y menos aún la adopción de los estándares correspondientes a la economía de mayor desarrollo relativo. El escenario de la "armonización imperial" también colocaría el riesgo de que para muchos países, en la práctica, podría ser equivalente a la "fragmentación".

Por otro lado, la probabilidad de ocurrencia de cada uno de estos escenarios, de acuerdo a sus autores, es muy disímil. El escenario del "mundo sin fronteras" tiene baja verosimilitud debido a la realidad incontrastable de la persistencia de las bases nacionales del poder estatal y de la efectividad de las coaliciones domésticas para influir sobre las conductas de los gobernantes. Esto no excluye, como vimos, su utilidad como instrumento normativo en el debate sobre políticas.

El escenario de la "fragmentación", en cambio, es un espectro recurrentemente levantado por quienes advierten tendencias contradictorias entre el proceso de "globalización" y la paralela "regionalización" de la economía mundial. De hecho, a períodos de integración creciente en el pasado han seguido de fases de fragmentación que fracturaron el sistema económico y político internacional. Al igual que ocurre en el período actual, la inexistencia de un Estado hegemónico se ha señalado como un factor de estímulo a la fragmentación, debido a la baja inclinación para proveer los bienes públicos necesarios para el funcionamiento integrado de la economía internacional. Sin embargo, la probabilidad de ocurrencia de un escenario de "fragmentación" se ha relativizado por la extensión y el carácter que ha alcanzado el proceso de globalización, el rol desempeñado por algunos actores privados en este proceso (eg: las empresas transnacionales) y la percepción creciente de la funcionalidad de la globalización económica como mecanismo de distensión y estrechamiento de los vínculos políticos inter-estatales. La emergencia de influyentes "élites de opinión" con una alta visibilidad sobre el debate de política a nivel global agregó un nuevo elemento que debilita la probabilidad de ocurrencia de este escenario.

El escenario de la "armonización imperial" podría ser considerado analíticamente más verosímil, al menos para países que tienen vínculos económicos estrechos con algunos de los actores estatales capaces de convertirse en polos de armonización.

Las debilidades identificadas en cada uno de los escenarios reseñados impulsaron a los autores a diseñar un cuarto escenario normativo basado en la noción de que es posible combinar un rol activo para el mercado con una dosis elevada de supervisión colectiva. Este escenario, llamado "club de clubes", es construido a partir de la existencia de múltiples asociaciones regionales y funcionales organizadas bajo los principios de membresía voluntaria, subsidiariedad, transparencia y acceso abierto para quienes admitan las reglas (en el caso de los clubes funcionales). De acuerdo a los autores, los agrupamientos regionales o funcionales deberían incorporar también los principios de adhesión a estándares mínimos, reconocimiento mutuo, trato igualitario, excepciones sólo temporarias y capacidad efectiva para implementar compromisos y decisiones. La peculiaridad del escenario sería que todos ellos contarían, además, con un ámbito de coordinación y supervisión colectiva, precisamente el "club de clubes".

Un escenario de esta naturaleza favorece el rol de las partes con menor poder relativo en tanto otorga un papel importante a los mecanismos de coordinación política. Estos, por definición, tienen un carácter más equilibrado que el que resultaría de las meras dinámicas de mercado o poder. Sin embargo, en un futuro próximo la evolución más probable parece estar en la dirección de la profundización de ciertos "clubs" y en la declinación de otros, más que en la coordinación de los mismos a través de un mecanismo más inclusivo (el "club de clubes").

Finalmente, puede ser conveniente subrayar que, a efectos analíticos, para los países de América Latina y el Caribe (y otros países en desarrollo) los cuatro escenarios referidos por Lawrence, Bressand e Ito no serían necesariamente excluyentes. De hecho, sería posible suponer la convivencia de un "mundo sin fronteras" en algunos ámbitos (como los mercados financieros), la "fragmentación" en otros (como el mercado de trabajo) y la "armonización imperial" para algunos socios elegidos en temas determinados. Sobre este conjunto diverso algún "club de clubes" (como la OMC) podría alimentar la esperanza de un horizonte de mayor cooperación pública internacional.

#### IV.- La dimensión cultural: el eslabón perdido de la globalización

En la primera sección de este documento se comentó brevemente la tesis de Samuel Huntington sobre el "choque de las civilizaciones". Para ese autor, el conflicto entre civilizaciones será el dominante, aunque no excluyente, del escenario mundial, suplantando inclusive al ideológico. Así, el eje principal de la política mundial serían las relaciones entre civilizaciones, particularmente entre Occidente y lo que él denomina el "resto" (las culturas asiáticas, del Medio Oriente y africanas).

Más allá de que la tesis de Huntington incorpora elementos y perspectivas que han conducido a muchos analistas a calificarla de simplista y parcial, nos conduce a la necesidad de formular dos preguntas muy importantes, ancladas en la realidad: ¿de qué manera la globalización económica y política incide en el terreno cultural? y viceversa, ¿cómo afectará la globalización cultural la política y la economía de las próximas décadas?.

En este capítulo se presentarán algunas reflexiones y elementos desde una perspectiva cultural de la globalización que generalmente no es debidamente considerada por quienes adoptan las decisiones políticas y económicas en los planos

nacional e internacional. No prestar la necesaria atención a esos aspectos representa una notoria simplificación de una realidad compleja y mutante, reduciéndose nuestras posibilidades de actuar con éxito en el marco de la globalización.

Cuando se habla de "globalización", se tiende a identificarla con el proceso de globalización económica, olvidando las dimensiones política, cultural y social. En el campo cultural podría entenderse la globalización como el pasaje de identidades culturales tradicionales y modernas, de base territorial, a otras modernas y postmodernas, de carácter transterritorial.

Las identidades culturales de la globalización no se estructuran desde la lógica de los Estados-naciones, sino de los mercados; no se basan, en lo esencial, en comunicaciones orales y escritas, sino que operan mediante la producción industrial de la cultura, su comunicación tecnológica y el consumo diferido y segmentado de los bienes.

La globalización cultural en los procesos internos, internacionales y transnacionales

La discusión de la dimensión cultural de la globalización no está incorporada explícitamente en la mayoría de los modelos de economía política (tanto los del neoliberalismo como de sus opositores) y ocupa un papel relativamente menor en las teorías de relaciones internacionales. Sin la dimensión cultural es muy difícil impartirle coherencia a una lectura del mundo contemporáneo en el cual el nacionalismo, la religión y los conflictos interétnicos tienen una influencia equivalente a los aspectos internacionales y seculares. Los modelos de economía política y de relaciones internacionales actualmente vigentes no pueden por sí solos explicar, dar sentido y proponer políticas orientadas a la solución de los problemas multidimensionales que hoy enfrentamos.

En el ámbito político, los cambios en la cultura inciden tanto en la política internacional como en la forma, valores, actores y mecanismos de la vida política interna de los países industrializados y en desarrollo. Así, por ejemplo, amplios flujos migratorios provenientes de otras culturas han modificado las situaciones socioculturales, políticas y económicas de muchos países europeos y de los Estados Unidos. En Asia, África, América Latina y los países del Islam, al igual que en Europa Oriental y en partes de la ex Unión Soviética, la Guerra Fría se desvanece y se produce una abrupta apertura a los mercados mundiales, acompañada de traumáticos procesos de reestructuración y modernización.

Esos procesos intensifican y exacerban las complejas interacciones existentes entre múltiples factores etnoculturales y religiosos vinculados a conflictos de focalización territorial previamente contenidos por la lógica militar del conflicto Este-Oeste. Ahora todos ellos están sometidos a un intenso bombardeo -por la vía de los medios masivos de comunicación y los flujos de bienes simbólicos- que incluye nuevas actitudes y preferencias para el individuo y las comunidades. Estas se hallan vinculadas a la expansión geográfica de aplicación de la democracia liberal (al menos, en sus aspectos formales), a la valorización de los requerimientos sociales y de afirmación cultural, a la libertad de expresión, la importancia del individuo, el consumo y el mercado.

Los efectos de estos procesos abarcan un amplio espectro, que cubre desde la reafirmación de la integración cultural por la vía de tradicionalismos que vigorizan sus vertientes mesiánicas (ej.: Islam); el fortalecimiento de lo étnico-territorial y religioso; la apetencia indiscriminada por alcanzar el estilo de vida de las sociedades industriales occidentales "a cualquier costo"; la búsqueda de una incorporación selectiva a ese estilo de vida (ej.: algunos países de Asia) o su enfático rechazo (por países, estamentos y grupos sociales) ante la imposibilidad de alcanzar los requerimientos materiales que expresan ese estilo.

Por otra parte, ya se ha señalado en numerosos trabajos los problemas que pueden surgir en el proceso de integración cultural vinculados a las grandes asimetrías que existen en la capacidad de emisión de mensajes culturales de los países en desarrollo vis á vis la potencia creciente de las industrias culturales con centro en las naciones industrializadas. Fenómenos de ese tipo han conducido a un intento de aplicar políticas culturales defensivas a partir de la organización de importantes sistemas de comunicación satelital para la emisión de programas de contenido cultural nacional y regional, y del control de las emisiones externas, en el caso de varios países de Asia-Pacífico (ej.: Malasia, Singapur) y en algunos países europeos (ej.: Francia).

De igual manera, la transmisión por televisión, "en directo", de conflictos armados, incrementa el poder de disuasión de las potencias con mayor poder bélico. Se afecta no sólo a las autoridades de los restantes gobiernos por el efecto de demostración de acciones disciplinarias ejercidas sobre otros Estados (ej.: la "Guerra del Desierto", Iraq), sino que se lleva ese mensaje a la casi totalidad de esas sociedades, con resultados disímiles (aprehensión y temor, en aquéllas no expuestas directamente a la amenaza, y fortalecimiento de posiciones de resistencia en las que se hallan directamente amenazadas).

Se asiste, en suma, a un creciente conflicto entre las distintas dimensiones de la identidad cultural en sus vertientes tradicional, moderna y postmoderna. Ese conflicto permea las relaciones internacionales en su enfoque tradicional -el del "conflicto de poder" del realismo y el neorealismo, líneas de pensamiento que no han logrado incorporar adecuadamente la dimensión cultural a sus marcos teóricos- e incursiona, con mayor suerte, en los cauces de las teorías antropológicas, culturales y sociológicas e, inclusive, en algunas de raíz económica.

En el terreno de lo concreto, responde, en buena medida, a las profundas contradicciones que acarrea en el plano económico y social la fuerza modernizadora del proceso de globalización. En un número importante de casos (ej.: áreas de Africa Subsahariana y de Asia del Sur y Central), se presenta la imposibilidad, por no contar con los recursos mínimos para ello, de acceder a mejores condiciones de vida en el marco del paradigma económico dominante. Esto genera frustraciones y fuertes resistencias a la modernización neoliberal de esas sociedades y a una reafirmación -generalmente autoritaria- de sus núcleos culturales endógenos (ej.: Irán, Argelia, diversos estados africanos).

De igual manera, impulsa, en muchos casos, la búsqueda, por parte de las élites políticas y de diversos actores sociales, de un modelo de perfiles más endógenos, que procure mantener, incorporar, y compatibilizar de manera más equilibrada, la diversidad étnica y cultural nacional, las limitaciones de los recursos económicos, el funcionamiento del sistema político, los requerimientos de la competitividad y las expectativas de desarrollo. La fórmula imperante: "modernización neoliberal-

régimen e instituciones democráticas" adquiere en estos casos nuevos contenidos y combinaciones (ej.: India, Singapur, Malasia, algunos países latinoamericanos).

En ese marco, para América Latina y el Caribe la dimensión cultural y las comunicaciones adquieren particular importancia para la construcción de una nueva identidad, ciudadanía y Estado. En nuestra región los movimientos sociales están procurando redefinir el concepto y la práctica de la ciudadanía, superando su dimensión jurídico-política. De no asimilar y dar adecuada respuesta a esas necesidades, se corre el riesgo de que se conviertan en fuerzas centrífugas a partir de crecientes diferenciaciones (ej.: socioeconómicas, raciales, etc.). Lo que no haga adecuadamente el Estado, se encargarán de orientarlo y darle forma el consumo, el mercado y los medios masivos de comunicación.

Por lo expuesto, la globalización de la cultura genera un conjunto de fenómenos que modifican los procesos de las sociedades nacionales y su política externa en múltiples aspectos: en la conceptualización de la globalización; en la construcción de la identidad nacional y la capacidad de respuesta societal al impacto de la globalización; en el perfil del ciudadano y en las nuevas políticas culturales.

Cultura global: Homogeneidad vs. Heterogeneidad

La globalización alberga en su seno vertientes de homogenización y de heterogeneidad cultural. Quienes sostienen que los efectos mayores sobre el sistema mundial son de homogenización, enfatizan la importancia de la globalización económica a partir de la acción de las empresas transnacionales y de los países industrializados más importantes, como fuentes emisoras de mensajes vinculados al consumo y a la cultura de mercado. Quienes argumentan en favor de efectos diferenciados y heterogéneos, destacan dinámicas de apropiación y modificación del mensaje y de sus símbolos en los niveles nacionales y subnacionales. Sin embargo, la globalización pone en marcha mecanismos que actúan en ambas direcciones, retroalimentándose entre sí. Desde los primeros contactos históricos entre distintas civilizaciones se ha producido una mutua fertilización cultural, si bien generalmente asimétrica en cuanto a sus respectivos impactos. Lo que hoy acontece presenta, con respecto al pasado (como mínimo, en la escala), ciertos cambios importantes:

- i) la dimensión -ahora planetaria- cubierta por las interacciones;
- ii) la gran velocidad de propagación y creciente simultaneidad de los impactos;
- iii) la ampliación del espectro y capacidad de influencia de los flujos de bienes, mensajes e ideas que circulan e interactúan en el mundo;
- iv) la mayor especialización de los circuitos de comunicación, que contribuye a segmentar las sociedades en estamentos diferenciados;
- v) la distinción temporal y de contenido de las respuestas (locales, nacionales, etc.).

Dado que los factores i) y ii) son relativamente conocidos, parece conveniente explorar la incidencia de iii), iv) y v), es decir, el papel de los flujos y de los circuitos culturales



Para acercarse a estos fenómenos de diferenciación y heterogeneidad, es necesario tener en cuenta las fisuras y desfases que existen entre las dimensiones económica, cultural y política de la globalización, a partir de los distintos flujos existentes: i) étnicos (conjuntos de personas que actúan como turistas, inmigrantes, refugiados, exiliados, trabajadores temporales, etc.); ii) tecnológicos (las corrientes de tecnología, incluyendo su distribución asimétrica, sus diferentes contenidos y los distintos factores que las afectan); iii) financieros (corrientes de capital especulativo; mercado de valores, inversiones directas, etc.) iv) mediáticos de comunicación (periódicos globales, revistas, redes de televisión, films, correo electrónico, Internet, etc.); v) ideológicos (sistemas de pensamiento orientado a la acción de Estados, grupos y estamentos).

Las interacciones entre estos distintos flujos dan lugar a procesos muy complejos, de difícil monitoreo e interpretación sistémica. Para algunos analistas la gente, los bienes, las imágenes y las ideas interactúan y circulan por vías múltiples e irregulares, multiplicando las fisuras en el sentido y propósito que les es asignado. Así, por ejemplo, el término clave "democracia", genera crecientes conflictos entre el contenido que se le otorga en el Occidente industrializado y las concepciones que bajo ese término se asumen en distintos países de Asia-Pacífico (ej.: China Popular, Corea, Indonesia, Singapur). En otro contexto, pueden señalarse los resultados de las interacciones entre flujos ideológicos y financieros (ej.: distintos casos en los cuales los flujos de financiamiento internacional son capaces de modificar las políticas nacionales y su fundamento ideológico); entre flujos ideológicos y mediáticos de comunicación (ej.: países de Medio Oriente) o entre flujos ideológicos, religiosos y étnicos (ex-Yugoslavia y Líbano).

En ese marco, la existencia de cuatro circuitos socioculturales distintos, contribuye en importante grado a establecer actitudes y respuestas diferenciadas en las sociedades expuestas a los flujos previamente mencionados:

- a) El histórico-territorial (conocimientos, hábitos y experiencias que se manifiestan en el patrimonio histórico y la cultura popular tradicional).
- b) La cultura de élites, constituida básicamente por la producción simbólica, escrita y visual (literatura, artes plásticas).
- c) La comunicación masiva, a partir de los grandes espectáculos de entretenimiento (radio, cine, televisión, videos).
- d) Los sistemas -relativamente restringidos, si se considera la población global- de información y comunicación para quienes adoptan decisiones (fax, teléfonos celulares, internet, satélite, etc.).

Sin pretender presentar una elaboración y fundamentación mayor de estas proposiciones tentativas, cabe, al menos, señalar ciertas constataciones a ellas vinculadas:

- i. Dados los factores y procesos mencionados, la recomposición de las culturas nacionales no es uniforme ni se presenta con las mismas características en los distintos escenarios; por consiguiente, la restructuración de identidades culturales puede variar según la vinculación de los diferentes actores con cada uno de esos circuitos.

ii. Mientras la capacidad del Estado para intervenir por la vía de su política cultural disminuye a medida que se pasa desde el primer circuito al último, estudios recientes sobre consumo cultural muestran que la juventud depende en mayor grado de los dos últimos circuitos para modelar sus comportamientos. Así, en las nuevas generaciones la identidad gira mucho más en torno de las grandes figuras de televisión y el cine y de las grandes marcas de productos para jóvenes, que con respecto a los símbolos patrios de carácter histórico y territorial.

Esto no es producto de la casualidad. En América Latina se transmiten en promedio más de 500.000 horas anuales de televisión, mientras en Europa Latina cuentan con sólo 11,000 horas. En Perú, Panamá, Colombia y Venezuela, existen más de una videocasetera por cada tres hogares con televisión, cifra mucho más alta que en Bélgica (26,3%) o Italia (16,9%).

En suma, la globalización cultural incorpora el uso de una variedad de conceptos, instrumentos y prácticas que afectan, de distinta manera y grado, los contextos político, económico y cultural nacionales y locales. Luego de su procesamiento, esos elementos son remitidos en un diálogo conflictivo de contenidos y acciones concretas relativas al mercado, la democracia, el libre comercio, la soberanía, los derechos humanos, el desarrollo, el fundamentalismo, etc. Ese proceso continuo de ingreso y remisión de mensajes simbólicos, de bienes e ideas, provoca turbulencias y afecta sustantivamente los intentos por lograr una homogenización interna en los Estados-naciones.

Identidad y ciudadanía en el marco de la cultura global

En el contexto previamente descrito, ¿se pueden construir identidades nacionales?, ¿cuál es el perfil de ciudadanía que pueda expresar ese nuevo tipo de identidad?, ¿puede ser la construcción de identidades objeto de políticas?. Al respecto, se puede señalar lo siguiente:

i. No se trata de una pérdida de identidad nacional, sino de una transformación de la misma, muchas veces turbulenta, por efecto de los procesos de globalización.

ii. El proceso de identidad está sometido a las tensiones que impone la concentración del 70% de la población de América Latina en ciudades; la declinación de las naciones-estados como entidades articuladoras de lo social y la reestructuración y transferencia de las funciones políticas de los actores tradicionales (partidos, sindicatos, asociaciones de base) a nuevos actores. La declinación de las formas tradicionales de hacer política se suma así al fortalecimiento de los nuevos mecanismos (ej.: los programas periodísticos de opinión por radio y televisión, los sondeos y encuestas y la construcción de imágenes y contenidos televisivos para los actores políticos).

iii. En muchos casos (y particularmente, para aquellos que son inmigrantes) más que la adopción de una ciudadanía nacional, se trata de una ciudadanía urbana. El individuo se siente más vinculado a su cultura local y no tanto a la nacional (excepto en el caso de las ciudades capitales, donde se concentra el discurso sobre el Estado, los partidos y la política).

iv. La cultura ciudadana es hoy un lugar de múltiples intersecciones de tradiciones nacionales y transnacionales. Por ello las culturas nacionales, sin extinguirse, van transformándose a partir de interacciones con referentes culturales transnacionales provistos por los flujos de ese carácter.

v. Esa transformación comienza a adquirir rasgos institucionales. Así se observa, por ejemplo, en la construcción de una identidad común europea (junto a un pasaporte y documentos, normas comunes para sus ciudadanos) y en la propuesta del Parlamento Latinoamericano sobre una Comunidad Latinoamericana de Naciones, presentada a los Presidentes del Grupo de Río. De igual manera, el rápido, y amplio avance de los acuerdos de integración y de vinculación económica en América Latina y el Caribe va generando una red de regímenes de regulación de dimensión regional que superan el ámbito de los Estados participantes (ej.: El Tribunal Andino de Justicia en el caso de la Comunidad Andina para redimir conflictos). Gradualmente, se va pasando así de lo nacional a lo regional y lo global.

vi. Existen estudios que señalan que la masa -y aún ciertos sectores politizados- no sienten una gran atracción por proyectos políticos nacionales o regionales. Cabría aquí considerar, por ejemplo, la fragilidad de los apoyos con que contaron a lo largo de tres décadas anteriores los procesos de integración regional en América Latina y el Caribe. (No obstante, esa situación se ha ido modificando favorablemente durante los últimos años).

vii. Existen políticas culturales tanto en el ámbito nacional como en el transnacional (ej.: en este último, las de los movimientos ecológicos y las de las empresas transnacionales).

viii. Se observa en el sistema en vías de globalización una respuesta social desorganizada, pero firme e intensa, en favor de un conjunto de valores de carácter universal, nacional e incluso subnacional (ej.: los derechos humanos; el desarrollo; la democracia). A partir de varias de ellas, surgen elementos importantes (ej.: la solidaridad de los "verdes") para constituir el eje vertebral de una identidad.

En consecuencia, lo que importa ahora, esencialmente, es que las políticas culturales nacionales tengan en cuenta la nueva situación y logren superar la tradición, limitada a focalizar su esfuerzo en la preservación del patrimonio histórico. De no ser así, los procesos de globalización, vinculados a un discurso homogenizador en lo político, cultural y económico, continuarán, en la práctica, ocultando una creciente diferenciación.

Aún los procesos de integración económica regional y de libre comercio hemisférico, de no contener políticas claramente concertadas en esta materia, pueden terminar sirviendo preferentemente para ampliar el espacio a las industrias culturales transnacionales. Los productos de estas últimas, destinados al consumo masivo, tienen por propósito obtener una rentabilidad económica a corto plazo (la población como mercado) o fines de orientación y movilización social y política (la población como fuerza de opinión).

América Latina y el Caribe ante la cultura global: algunas propuestas

Los elementos y procesos aquí expuestos pueden parecer, en una primera lectura, demasiado teóricos y lejanos a la realidad cotidiana para quienes deben interpretar el funcionamiento y dar respuesta a los nuevos hechos del sistema global, adoptando decisiones en las Cancillerías y en los Ministerios de Finanzas o de Economía. No obstante, y quizás sin contar con una apropiada conciencia de ello, la dimensión cultural -en primer lugar, por su incidencia en nuestra imagen y construcción ideológica del mundo- afecta nuestras formas de percibir los problemas y sus posibles soluciones, al igual que enriquece o limita la identificación

de nuevas oportunidades o de formas de acción que en los enfoques tradicionales serían probablemente catalogadas como heterodoxas (y por lo tanto, no efectivas o peligrosas).

En efecto, los factores y procesos comentados en las distintas secciones de este trabajo afectan la cultura política y económica de nuestros países. Cuando se modifica la combinación de valores y prácticas que constituyen la cultura política de una sociedad determinada, se requiere una profunda transformación en el papel del Estado. Ese es el caso, por ejemplo, del cambio de los valores relativos a la participación de lo público y lo privado; de la estabilidad de las instituciones; de la participación de ramas que tradicionalmente fueron líderes en el proceso de crecimiento económico y que son reemplazadas por nuevos sectores; del reemplazo de un paradigma tecnológico por otro; de la modificación de las preferencias sociales en la forma de organización colectiva o de la legitimidad y el peso asignado al Estado frente a las diversas organizaciones que integran la sociedad civil.

En esas circunstancias, parece conveniente "bajar a tierra" y considerar la utilidad de aplicar propuestas como las siguientes:

i. Drástico cambio de contenido y enfoque en las políticas culturales

En vez de basar, como antes, la acción en materia cultural en la defensa de los patrimonios históricos, resulta necesario desarrollar estrategias vinculadas a los nuevos escenarios de información y comunicación. La conveniencia de poner en práctica ese tipo de políticas se refuerza ante la exigencia para los Estados de forjar nuevas alianzas estratégicas en distintos campos y circunstancias, con diferentes estamentos de su propia sociedad y de grupos y actores transnacionales, tanto en sociedades inmersas en otros ámbitos culturales (ej.: Asia, Medio Oriente, Africa), como en aquellas que nuestro sentido común establece como conocidas y cercanas (ej.: Europa Occidental).

ii. Incorporar estudios sobre imágenes y actitudes ante la integración, variables de cambio tecnoproductivo e inserción internacional en la formulación de la política externa

El factor cultural incide profundamente en procesos políticos y económicos muy importantes para los países de la región. Así, por ejemplo, diversos estudios y trabajos de campo de la CEPAL han procurado determinar cuáles son los márgenes (con directa incidencia en las actitudes y disposiciones de los actores con respecto al tema) de empresarios, técnicos y trabajadores sobre la incorporación de tecnología al proceso productivo. Ese factor, de innegable incidencia en la modificación de las condiciones de competitividad de nuestros países, genera imágenes sociales diversas y contradictorias, según el grupo social que se examine.

Las representaciones de estos tres grupos difieren en alto grado entre sí (especialmente, las de empresarios y dirigentes sindicales). Entre los empresarios prevalece una visión optimista de la modernización tecnológica, no perciben mayores problemas en la organización del trabajo y en las condiciones de vida del obrero (salvo un mayor desempleo, al que asignan carácter temporal), y no están dispuestos a ensayar formas de coparticipación en la empresa, exigiendo del Estado condiciones económicas que auguren la rentabilidad de la inversión en nuevas tecnologías. En la visión de los dirigentes sindicales y, en menor grado, de los

técnicos y profesionales, se espera que el Estado actúe como garante de las "responsabilidades sociales" que signifique el cambio tecnológico; reclaman su derecho a participar en la gestión de la empresa y cuestionan las motivaciones del sector empresarial.

En ese tipo de contextos, resultaría muy conveniente poder llevar a cabo estudios relativos a las imágenes y actitudes que acompañan los procesos de integración regional, la vinculación económica hemisférica y la inserción internacional de América Latina y el Caribe, junto a las percepciones predominantes sobre los aspectos más destacados de la globalización y su incidencia para la región.

iii. Mejorar el conocimiento de los componentes culturales de las relaciones internacionales y transnacionales para optimizar la política externa

Se requiere contar con un panorama preciso de los componentes culturales de las relaciones interestatales y transnacionales para evitar peligros y optimizar oportunidades. Entre los primeros, existe el riesgo que las políticas exteriores de América Latina y el Caribe se inserten o adquieran conflictos de base cultural que no les competen y que pueden perjudicar sus relaciones políticas y económicas con otros Estados y regiones.

Tal podría ser el caso, si se siguiera el rumbo de colisión que plantea, por parte de algunas potencias occidentales, la voluntad de imponer autoritariamente el modelo de modernización neoliberal y democracia representativa (y volvemos a Huntington) en Asia, el mundo islámico y parte de Africa. Prudencia y mesura aparecen aquí como virtudes cardinales para compatibilizar una justa y legítima necesidad de impulsar valores universales (ej.: los derechos humanos) con la interferencia coactiva y, aún con el empeoramiento de los problemas -por desconocimiento de la dimensión cultural- allí donde se impulsan acciones animadas de la mejor buena voluntad.

iv. La diversidad cultural constituye una riqueza

La muy limitada y determinante visión que prevalece en el ámbito del pensamiento y la praxis económica ha tendido a marginar, hasta poco tiempo atrás, la incidencia de los factores culturales en la utilización de la rica diversidad cultural de América Latina y el Caribe: en la percepción de los costos y beneficios, en la ética empresarial, en las relaciones interpersonales y en la construcción societal de condiciones satisfactorias de competitividad.

La política exterior tendrá que defender la especificidad frente a las corrientes homogeneizadoras externas en el plano político y económico, y construir un discurso y práctica con viabilidad y legitimidad. Sus elementos fundamentales serían el derecho y la necesidad de respetar la diversidad y tener en cuenta que las características y situaciones nacionales son una condición necesaria para, entre otras, emprender con éxito procesos de modernización social y productiva.

v. Aprovechar mejor las subculturas profesionales

Asimismo, la multiplicidad cultural contemporánea conduce a la generación (o al menos, a la profundización y ampliación) de subculturas profesionales. Tal es el

caso, por ejemplo, de las subculturas transnacionalizadas de los diplomáticos y funcionarios internacionales, los intelectuales, los empresarios y financistas. Todas esas subculturas funcionan como redes animadas de sus propios códigos y normas, constituyendo otras tantas herramientas de la política nacional y regional.

vi. Ampliar la participación en las decisiones y procesos de cambio económico y político al mayor y más variado espectro de actores

Si se desea intervenir con posibilidades de cierto éxito en los juegos de competitividad darwiniana que caracterizan al actual paradigma económico, tanto las sociedades industrializadas como aquéllas en desarrollo requieren que la construcción de esas condiciones se realice evitando que sólo participen las élites tecnocráticas y políticas. Se necesita que a los nuevos escenarios de las "sociedades de la comunicación" y las "sociedades del conocimiento" se sume el mayor número posible de ciudadanos, ampliando la cobertura de los mecanismos de información, comunicación y socialización entre los miembros de nuestras sociedades, de manera tal de poder incorporar los nuevos conocimientos a los procesos productivos en todos los niveles de la economía.

V.- A modo de conclusión: recrear el rol del Estado

Es necesario considerar que la segunda guerra mundial dio lugar a la creación de dos tipos de acuerdos fundamentales entre los países occidentales, basados en distintas racionalidades intelectuales y necesidades políticas. El primero, que ocupó un rol dominante, se originó en la creciente rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética y fue una reacción a la así llamada "amenaza comunista". El segundo, en cambio, fue una reacción a las rivalidades económicas y a los serios problemas políticos de los años treinta y a la guerra que resultó como consecuencia de ellos. El primero, denominado "orden de la guerra fría", llevó a la contención, la carrera armamentista y la competencia ideológica, es decir, a una confrontación interimperial de carácter global. El segundo, conocido como "orden liberal democrático", se plasmó en un conjunto de acuerdos e instituciones entre los países capitalistas desarrollados bajo el liderazgo (si se quiere "hegemonía") de los Estados Unidos.

El primer orden es el que terminó y de manera abrupta e inesperada. Su centralidad anterior ha velado en buena medida la continuidad del segundo. Desde luego, este último ha atravesado una gran cantidad de problemas y deberá enfrentar numerosas dificultades. Sin embargo, no puede compartirse la posición de cuño realista que sostiene que la cooperación entre las democracias occidentales avanzadas se debió a la guerra fría y que muerta ésta, las relaciones intra-Norte se deteriorarán dando lugar a nuevas situaciones de equilibrio de poder y de rivalidades interestatales. Sin duda, la rivalidad Este/Oeste reforzó la solidaridad occidental. Este no es un aspecto menor. Sin embargo, las tendencias globales no van en dirección de la confrontación intra-Norte, sino más bien en el sentido de la continuación y extensión del "orden liberal democrático". A pesar de las predicciones pesimistas de los realistas, la OTAN sigue viva y los diversos procesos de regionalización en boga en todas partes son fundamentalmente distintos a los experimentos autárquicos de los años treinta.

El rescate de este escenario es válido tanto por cuestiones empíricas como normativas. Nuestra región reúne por primera vez las condiciones necesarias para formar parte de esta "unión pacífica", dicho de otra manera, para alejarse de la

idea de la Historia como un eterno retorno. Por otra parte, es el que más nos conviene. Un escenario neorealista, signado por el conflicto, el equilibrio de poder y un aumento inevitable del proteccionismo económico, limitaría enormemente nuestro margen de acción internacional. Señalada esta tendencia global, no debe leerse que el orden mencionado no esté en alguna medida amenazado (esto le pasa a cualquier orden en algún momento) o que estemos transitando hacia el reino de la paz y la justicia.

Precisamente, uno de los aspectos claves de este orden es el incremento de la desigualdad y la creciente marginación de vastos sectores de la población mundial.

En el fin de la guerra fría ha afectado esencialmente las agendas políticas y de seguridad, tanto en un nivel global como en la región. Aquí hay más cambios que continuidades. Y, en algunos casos, más que continuidades, una vuelta a patrones anteriores a la guerra fría. El cambio principal está en la definición de los intereses de seguridad de Estados Unidos en América Latina y el Caribe y la creciente importancia en la región de los nuevos temas de la agenda global (particularmente los de la "agenda negativa") que requieren ser tratados en forma multilateral. Muchos de estos temas constituyen verdaderas amenazas a la seguridad nacional de los países de la región y crearán tensiones no sólo con Estados Unidos, sino con otros países extra-hemisféricos.

Esto puede llevar al resurgimiento en Estados Unidos de enfoques tradicionales para tratar a la región. "Estas actitudes -que no pueden ser llamadas una política coherente o consciente sino más bien un conjunto de actitudes concurrentes- incluyen una aversión a la interferencia de extraños, una compulsión por impedir la inestabilidad si ésta amenaza a los EE.UU. y un deseo de preservar la autonomía de acción de los EE.UU. de manera que los intereses globales no se vean comprometidos. De todas maneras, debe insistirse en que, al igual que durante la guerra fría, la región seguirá preocupada por los temas económicos, que continúa siendo los de principal interés.

La globalización ha tenido un impacto fenomenal sobre las formas de Estado, las culturas nacionales, los procesos de integración y las estrategias de desarrollo "orientadas hacia adentro" en América Latina y el Caribe. De hecho, ha obligado a modificarlas y, como otra cara de la misma moneda, a definir las políticas exteriores de los países de la región (desde luego, con las particularidades de cada caso nacional) comenzaron a adquirir un tono crecientemente "pragmático" con anterioridad al fin de la guerra fría. Esto último no habría hecho entonces más que acelerar y profundizar un cambio que venía de más lejos.

La crisis del orden westfaliano se acelera y profundiza con el fin de la guerra fría y la globalización. Aquí, se abre un enorme campo de debate sobre el concepto de soberanía, las reglas de coexistencia y las instituciones (o, lo que es casi lo mismo, la gobernabilidad del orden internacional). Frente a los argumentos de los globalistas extremos, es necesario rescatar el rol del Estado y la política. El mundo es algo demasiado complejo y dinámico como para que la interdependencia o el mercado, por sí, puedan satisfacer necesidades y deseos.

Es cierto que el Estado es hoy una entidad política en un sistema complejo de poder que incluye niveles supranacionales y locales. No obstante ello, sigue siendo el actor político principal. Es el lugar (muy particularmente, cuando el Estado es democrático) desde donde mejor pueden construirse, legitimarse y monitorearse

espacios de gobernabilidad internacional, regional, nacional y local. En palabras de Hirst y Thompson. "Las estados-naciones pueden hacer esto de una manera en la que otras agencias no lo pueden hacer son pivotes entre las agencias internacionales y las actividades subnacionales, porque son los que proveen legitimidad como la voz exclusiva de una población territorialmente limitada".

Nuestros estados tienen, en consecuencia, nuevos roles a desempeñar en un momento en el que existen mayores condiciones que en el pasado reciente (acaso más que nunca) para jugar un papel de algún relieve en materia internacional asumiendo mayores responsabilidades. Para ello no hay mucho que inventar. Es preciso cooperar y estar dispuesto a revisar algunas de nuestras viejas tradiciones en beneficio de una nueva e imprescindible gobernabilidad que contemple y sopesa, en un marco de creciente interdependencia, tanto el impacto de los tres cambios mencionados como el amplio espacio de la continuidad.

#### Bibliografía

Andrews A. (1994), "Capital Mobility and State Autonomy: Toward a Structural Theory of International Monetary Relations", *International Studies Quarterly* 38, junio.

Appadurai, A., "Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology" en Fox, R. (Edit.) *Interventions: Anthropology of the Present*, Berg, London, 1989 y *Public Culture*, 2, (2) Spring, 1990.

Armijo, Leslie E. (1996), "Foreign Capital Inflows and Democracy in 'Emerging Markets'", en L.E. Armijo y T. Biersteker (eds), *Financial Globalisation and Emerging Markets: Experiences of Capital Importers*, en prensa.

Boyer, Robert (1993), *The Convergence Hypothesis Revisited: Globalisation by Still the Century of Nations?*, mimeo (París: CEPREMAP Num 9403, Agosto).

Buchanan, Paul y Sutliff, Brian, "La política de seguridad hemisférica de Estados Unidos en el contexto internacional" en Russell, R. y Bouzas, R. (orgs.). *Globalización y Regionalismo en las relaciones internacionales de los Estados Unidos*, ISEN/Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1996.

Bull, Hedley, *The Anarchical Society, A Study of Order in World Politics*, Columbia University Press, Nueva York, 1977.

Calderón, F., Hopenhayn, M. y Ottone, E., *Hacia una perspectiva crítica de la modernidad: Las dimensiones culturales de la transformación productiva con equidad*, Docto. de Trabajo No. 21, octubre de 1993.

Cerny, Paul (1995), "Globalisation and the Changing Logic of Collective Action", *International Organisation* 49, otoño.



CEPAL, Imágenes Sociales de la Modernización y la transformación tecnológica, Santiago, 1995.

Cohen, B (1996), "Phoenix Risen. The Resurrection of Global Finance", World Politics 48, enero.

Cohen, y Arato, Civil and Political Theory, Cambridge, Massachusetts, Londres, MIT Press, 1996.

Cox, Robert, "Social Forces, States and World Orders. Beyond International Relations Theory" en Keohane, Robert O. (ed.), Neorealism and Its Critics, Columbia, New York, 1986.

David Held y Anthony McGrew, "Globalization and the Liberal State" en Government and Opposition, Spring 1993.

Durston J., Cultura, conocimiento y modernidad, Seminario "Pueblo Mapuche y Desarrollo", Angol, Chile 14-16/1/93.

Ferguson, Yale y Mansbach, Richard, "Political Space and Westphalian States in a World of 'Polities' Beyond Inside/Outside", en Global Governance, No. 2, 1996.

Ferrer, Aldo, "Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial", Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1996.

García Candini, Consumidores y Ciudadanos. Conflictos Multiculturales de la Globalización, Grijalbo, México, 1995.

Garret, P. y G. Lange (1991), "Political Responses to Interdependence: What's 'Left' for the Left?", International Organisation 45, otoño.

Goodman, J. y L. Pauly (1993), "The Obsolescence of Capital Controls? Economic Management in the Age of Global Markets", World Politics 46, octubre.

Gundlach, Erich y P. Nunnenkamp (1996), "Some Consequences of Globalisation for Developing Countries", mimeo, paper preparado para la Conferencia Globalisation: What it is and its implications, Sao Paulo, 23-24 de mayo.

Haggard, S. Developing Nations and the Politics of Global Integration" The Brookings Institution, Washington D.C., 1995.

Halloran, Richard, "The Rising East", en Foreign Policy, No. 102, Spring 1996.

Hamelink, C., Cultural Autonomy in Global Communications, Longman, New York, 1983.

Hannerz V., "Notes on the Global Ecumene", *Public Culture*, 1 (2), 1989.

Held, David y McGrew, Anthony, "Globalization and the Liberal State", en *Government and Opposition*, Spring 1993.

Henning, C. Randall, "Currencies and Politics in the United States, Germany and Japan" *Institute for International Economics*, Washington D.C., 1994.

Hirst, Paul y Thompson, Grahame, *Globalization in Question*, Polity Press, Cambridge, 1996.

Hoffmann, Stanley, "In Defense of Mother Teresa. Morality in Foreign Policy" en *Foreign Affairs*, March/April 1996.

Huntington, Samuel, "¿El Enfrentamiento de las Civilizaciones?", en *Agora*, noviembre de 1993.

Ikenberry, John G., "The Myth of Post-Cold War Chaos", en *Foreign Affairs*, May/June 1996.

Insulza, J. M., "Estados Unidos y América Latina en los noventa" en *Pensamiento Iberoamericano*, nº 19, Madrid, enero-junio, 1991.

Jervis, R., "The Future of World Politics. Will It Resemble the Past" en *International Security*, 1991.

Khler, M. (1993) "Comercio Internacional y Diversidad Nacional", *AMERICA LATINA/Internacional* vol. 1, num 1.

Layne, Christopher, "The Unipolar Illusion: Why New Great Powers Will Rise" en *International Security*, Spring 1993.

Lawrence, Robert, Bressand, Albert e Ito, Takatoshi, *A Vision for the World Economy, Openness, Diversity and Cohesion*, The Brookings Institution, Washington, D.C., 1996.

Lowenthal, A. F., "Estados Unidos y América Latina en la década de los noventa: los cambios en los intereses y políticas estadounidenses ante un mundo nuevo" en *Estados Unidos. Informe Semestral*, primavera 1993.

Matlelart, *Transnationals and Third World: The struggle for Culture*, South Hadley, Bergin and Garvey, 1983.

Mearsheimer, John , "Back to the Future" en *International Security*, Summer 1990.

Moneta, "El proceso de globalización: Percepciones y desarrollos" en Quenan, Moneta, (Compiladores) Las Reglas del Juego. América Latina, Globalización y Regionalismo, Corregidor, Buenos Aires (1995).

Ohmae, Keichi, The End of the Nation State: The Rise of Regional Economics The Free Press, Nueva York, 1995.

Oman, Charles, Globalisation and Regionalisation. The Challenges for Developing Countries OECD Development Centre, París, 1994.

Pfaff William , "Redefining World Power" en Foreign Affairs, America and the World 1990/1.

Rosenau, James N., "Governance, order and change in world politics", en Rosenau J.N. and Czempiel Ernst-Otto, "Governance without government: order and change in world politics", Columbia University Press, Nueva York, 1997.

Rosenau, James N., The New Global Order. Underpinnings and Outcomes, Trabajo presentado en el XV Congreso Internacional de la Asociación Internacional de Ciencia Política, Buenos Aires, julio 24, 1991.

Rosecrance, Richard, The Rise of the Virtual State: Territory Becomes Passe" en Foreign Affairs, July/August 1996.

Rosecrance, Richard, The Rise of the Trading State, Basic Books, New York, 1986.

Russell, Roberto y Bouzas, Roberto (orgs.) Globalización y regionalismo en las relaciones internacionales de Estados Unidos, ISEN/Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1996.

Strange, Susan, "La economía política de Europa" en América Latina/International, Primavera 1993.

Tomassini L., Moneta, C. y Varas, T., La Política Internacional en un mundo postmoderno, G.E.L., Buenos Aires, 1991.

Tulchin, Joseph, "Los Estados Unidos y América Latina en el mundo", en Revista del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Instituto del Servicio Exterior de la Nación, República Argentina, Número 3, 1993.

UNESCO, World Communications Report, 1990.

Waltz, Kenneth, "The Emerging Structure of International Politics" en International Security, Fall 1993.

Yoshimoto, M., "The Postmodern and Mass Images in Japan", *Public Culture* 1 (2); 1989.

Zacher, Mark, "The decaying pillars of the Westphalian temple: implications for international order and governance", en Rosenau James N. and Czempiel Ernst-Otto, *Governance without government: order and change in world politics*, Cambridge Studies in International Relations: 20, Cambridge, 1992.